



Desmadres o el rastro materno en las escrituras de Yo.

(A propósito de Jacques Derrida, Jamaica Kincaid, Esmeralda Santiago y Carmen Boullosa).

Vanessa Vilches Norat

Quisiera agradecer al Decanato de Estudios Generales y, en particular, a la Dra. Carmen L. González, coordinadora de los Seminarios del Decanato de Estudios Generales, por la invitación que me cursaron y la oportunidad que me han brindado de tener un espacio para la discusión de mi trabajo intelectual. Iniciativa que me parece fundamental en el espacio universitario y los felicito por ello.

Quisiera agradecer a mis colegas e interlocutoras que han aceptado tan entusiastamente mi invitación a que participaran de este seminario. A la Dra. María de los Ángeles Gómez, del Departamento de Psicología de la Facultad de Ciencias Sociales, a la Dra. Mara Negrón, del Departamento de Humanidades de la Facultad de Estudios Generales y a la Dra. Áurea María Sotomayor, del Departamento de Español de la Facultad de Estudios Generales. Es para mí un honor y un placer compartir con ustedes la escena de escritura y lectura.



El origen de mi proyecto tiene que ver con dos de mis obsesiones intelectuales. La primera es la representación de los sujetos en el lenguaje, es decir, la manera en que se construyen en el discurso. La segunda, la maternidad como malestar de la cultura. Así que esas obsesiones funcionan como mapa del relato de mi trabajo. Coincido con Silvia Tubert cuando señala la maternidad como uno de los espacios de

mayor conflictividad cultural de nuestro momento histórico¹. Coincido también con la crítica literaria en pensar el espacio autobiográfico como uno de los lugares de debate cultural más importantes en estas últimas décadas porque en él se contiene sobre, entre otras cosas, la posibilidad de la representación, la ausencia del sujeto del discurso, y la figuración que supone cualquier manifestación cultural².

Mi libro parte de la siguiente propuesta: hay una estrecha relación entre la madre, como figura, y la autobiografía como discurso constructor de subjetividades. La propongo a partir, sobre todo, de la relación ya evidente entre la madre como estructura que funda al sujeto, según la teoría psicoanalítica, y la autobiografía como uno de los discursos preferidos para la construcción de identidades subjetivas. Me interesa señalar la recurrencia de la figura madre en el lugar del Otro de muchas narraciones llamadas autobiográficas. La madre funciona como el Otro para quién, por quién y desde quién se estructuran estos relatos.

Quiero hacer una aclaración importante: reconozco que todo texto es singular, es decir, ocurre una sola vez, por lo tanto no me interesa establecer que la mater es la zapata de la estructura textual de toda autobiografía. Lo que me ha interesado es trabajar con textos que repiten el gesto de escribirse a partir de la figura madre. Intento ver esas recurrencias de lectura y escritura en ciertos textos autobiográficos, a los que nombro **matergrafías**. Las defino como textos que dan vueltas alrededor de la mater, textos donde la escritura del Yo, está firmada por ella.

¹ Introducción a *Figuras de la madre*. (Valencia: Ediciones Cátedra, 1996).

² Folkenflick, Robert, "The Institution of Autobiography" en *The Culture of Autobiography*, (Stanford: Stanford University Press, 1993).

Esta relación la planteo teóricamente en el primer capítulo del libro: "La matriz en los discursos del Yo." En él hago una puesta al día de la crítica sobre el género. Problematizo la autobiografía según ha sido construida por la crítica, es decir, un relato cronológico y teleológico que una persona real hace de su existencia, en el cual pone énfasis en su vida individual. Estos son los postulados de George Gusdorf (Condiciones y límites de la autobiografía, 1956) y Philippe Lejeune (Le pacte autobiographique, 75), entre otros. Dicha definición está alojada en una noción metafísica del sujeto, pues lo propone unificado, pre-cultural y prelingüístico. Así para esta corriente crítica, la autobiografía es la posible inscripción que hace el sujeto de su vida anterior e interior. La definición privilegia "la vida" o Yo sobre la escritura misma de esa subjetividad, es decir no toma en cuenta que el Yo está escrito, y por lo tanto supone que un relato puede dar cuenta de un sujeto fuera del texto, que la autobiografía puede dar cuenta de un referente extratextual.

Por mi parte, pienso que el Yo no debe ser el punto de partida del texto sino el resultado del relato de esa "vida". No sólo porque la escritura en su estado de suplencia, de sustitución de lo nombrado, exige ser considerada como figura retórica, sino también por la sospecha de la existencia del Yo extratextual que precede al texto. Para estos críticos, el lenguaje conserva su capacidad representativa, pues, es posible que un Yo relate su "existencia" en su escrito.

Mi texto se sitúa en una postura crítica y teórica que reconoce de antemano el fracaso de esa agenda referencial autobiográfica y se centra en el lenguaje y el sujeto como problemas. Me coloco en una línea que ve lo autobiográfico como una postura de

escritura, como una posición discursiva que se asume. Mis espacios teóricos de referencia son [Paul de Man](#)³ y Jacques Derrida⁴ para quienes la autobiografía es una postura de escritura aporética que guarda relación con la muerte y los otros significativos del sujeto autobiográfico.

[De Man](#) propone la autobiografía retóricamente, la ve como una figuración, por lo tanto ese Yo que se construye en el texto es un tropo. El Yo no es un referente, no es un punto de partida sino el resultado del relato. La autobiografía escenifica la aporía: la imposibilidad de dar vida a los muertos, de establecer lazos confiables entre pensamiento y lenguaje. Esto no implica la muerte de la autobiografía, sino es sólo el reconocimiento de que el gesto autobiográfico, igual que el del lenguaje y la figuración, está cimentado en la aporía.

Derrida, en diálogo de Man, plantea que la escritura del Yo debe recoger inevitablemente la muerte (la del sujeto y la de los otros). Entonces la autobiografía no hace otra cosa que el luto, es decir, intenta incorporar, interiorizar, subjetivar al otro en el Yo. Antes incluso de la muerte de los otros, su mortalidad nos constituye, somos en tanto llevamos la muerte de los otros inscrita. El decir Yo de la autobiografía implica para el sujeto reconocerse mortal y vivir a partir de las muertes que lo fundan.

³ “Autobiography as De-Facement”, *The Rhetoric of Romanticism*, (New York: Columbia University Press, 1984) pp.67-82.

⁴ De los múltiples textos de Derrida sobre el sujeto, la escritura y la muerte remito a “Otobiographies: The Teaching of Nietzsche and The Politics of The Proper Name”, *The Ear of The Other. Otobiography, Transference, Translation. Text and Discussions with Jacques Derrida*, Christie McDonald, ed. Avital Ronell y Peggy Kamuf, trads., (Lincoln: University of Nebraska Press, 1985); *La voz y el fenómeno*, Patricio Peñalver, trad. (Valencia: Pretextos, 1985); *Memorias para Paul de Man*, Carlos Gardini, trad. (Barcelona: Editorial Gedisa, 1986); “L’animal que donc je suis, (à subiré)”, *L’animal autobiographique*, (Paris: Galilée, 1999).

Ese otro como oído estructura al Yo. Para escribirse, es necesario escribir al otro, pues, solo puede reconocerse el Yo en relación con esos otros.

Debido a la importancia que adquiere la madre como primer oído del sujeto, como primer otro significativo del sujeto, intento ver la importancia de ésta como figura estructuradora de la inscripción autobiográfica. De aquí que relacione a la mater, como ese oído, como ese otro que firma el discurso del Yo. Quise llamar mater a la madre como figura discursiva para darle concreción al signo como tropo retórico, así con el término latino intento distanciar a la mater, de la madre como sujeto concreto, referencial. Esa distancia nos permite verla como una figuración. Hablo de la madre como **mater**, un signo que cobija una multiplicidad de significaciones contradictorias. Pienso en la mater como matriz generadora de discurso autobiográfico, toda vez que funciona como estructura fundante del sujeto en tanto primer objeto de deseo y oído estructurador del sujeto autobiográfico. Matriz, en todas las acepciones que parten de la raíz latina matriz, de matrici, usada para llamar a un espacio originario del cual surge o se desarrolla algo. Convoco la mater como matriz, para hablar de la generadora del discurso, del molde que antecede la escritura de esa palabra debida al otro que es la autobiografía.

Para el psicoanálisis el origen del sujeto se constituye a partir de la ausencia materna, que se traduce en el concepto más generalizado de pérdida originaria, de una falta constitutiva del sujeto que aparece desplazada y velada por el lenguaje, pero que persiste alentando el deseo inconsciente. Si bien la madre es el primer Otro significativo del niño, éste para devenir sujeto hablante, deberá respetar la ley del padre, renunciar

a la madre y así entrar al Orden Simbólico, el del lenguaje. La madre, por su parte, cumplirá la Ley, transmitirá la norma social y velará que el hijo se incluya en la ley. La renuncia a la madre determinará su incompletud y, a la vez, su deseo que se desplazaré indefinidamente en el lenguaje.⁵ La madre como primer objeto de deseo retornará como gran oído toda vez que el sujeto acceda a construirse en discurso. El escucha, el oído del otro que estructura el texto, se configura como mater, como suplente de madre, en cada instancia que el discurso remonte a los orígenes del deseo del sujeto y de su venida al mundo. La posición materna, la de la eterna escucha, la de la concha acústica receptora del deseo del sujeto que se adviene en el relato de la confesión, generará el discurso autobiográfico. La madre será matriz en el diálogo que supone el contarse a sí mismo del discurso autobiográfico.

Propongo que en la página autobiográfica se busca el cuerpo materno que se ha perdido para siempre y en ella se inscribe la huella que ha quedado. Ante la percepción de una separación irremediable, que siempre nos coloca frente a la pérdida originaria, existe la matergrafía. Entonces, decir "Yo soy", es pronunciar el duelo por el objeto materno, perdido desde siempre.

⁵ Para una revisión de los planteos freudianos se pueden consultar de Sigmund Freud, Tres ensayos de teoría sexual (1905); Teorías sexuales infantiles (1908); Pegan a un niño (1919); La organización genital infantil (1923) y sobre la sexualidad femenina (1931). De Jacques Lacan ver, Escritos 1 y 2, trad. Tomás Segovia, (México: Siglo XXI Editores, 1971). Para el desarrollo de la teoría psicoanalítica de la díada madre-infante, también remito al lector a Lo femenino, Artículos y conferencias, Françoise Dolto, Trad. Tomás del Amo, (Barcelona: Ediciones Paidós, 2000).

El resto del libro está estructurado a partir de textos que he leído como matergrafías: *Circonfesión* de Jacques Derrida⁶, *The Autobiography of My Mother*⁷ y *My Brother*⁸ de Jamaica Kincaid, *Cuando era puertorriqueña* de Esmeralda Santiago⁹ y *Mejor desaparece y Antes* de Carmen Boullosa¹⁰. En todos ellos la importancia de la madre es excesiva. Podría decirse que en todos, la madre firma estas inscripciones de sujeto.

El segundo capítulo, "*Circonfesión* y la grammaire generadora del Yo", trata sobre la importancia de la madre en la estructura del relato de Derrida. Decidí comenzar a partir de *Circonfesión* (1990) porque el trabajo de Jacques Derrida, tanto sus textos filosóficos como su autobiografía, son sin duda seminales para el estudio del género. Este texto es parte de *Jacques Derrida*, libro de Geoffrey Bennington y Jacques Derrida el cual se propone como un diálogo entre el discurso filosófico y la autobiografía del filósofo francés. Veo cómo la confesión se escribe a partir de la marca singular del sujeto escribiente, la circuncisión, y la impronta del otro y su oído, tomando en consideración los postulados teóricos del filósofo con respecto a lo autobiográfico. Lo que provoca el acto de palabra en *Circonfesión* es la muerte cercana de la madre, que lleva al sujeto textual a posicionarse en la confesión para evocar la marca judía en su cuerpo. Propongo que la madre en el texto es la figura que genera escritura, pero que

⁶ Geoffrey Bennington y Jacques Derrida, *Jacques Derrida*, (Editions du Seuil, 1991).

⁷ (New York: Farrar, Straus, Giroux, 1996).

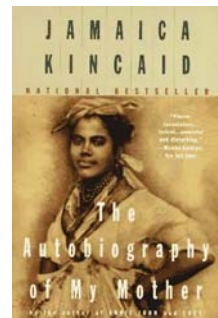
⁸ (New York, Farrar, Strauss, 1997).

⁹ Trad. Esmeralda Santiago, (New York: Vintage, 1993).

¹⁰ Ambos textos aparecen en *Quizás*, (Venezuela: Monte Ávila, 1995).

no se puede situar. Leo *Circonfesión* como el dar vueltas sobre el ritual de la circuncisión, esa huella que el sujeto no pudo asistir, pero que lo precede y lo conforma para siempre. Huella asistida por la madre que preexiste la puesta en escritura de la escena de inscripción primera y que lo lleva a dar circunferencias alrededor de ella.

En el tercer capítulo, "Matergrafía, necrografía: La impostura autobiográfica de Jamaica Kincaid" leo dos textos de la escritora de Antigua, en cuya obra la figura materna y la reflexión sobre la autobiografía van de la mano. A partir del análisis de *The Autobiography of My Mother* (1995) y *My Brother* (1997) doy cuenta de la forma en que la escritora se aprovecha del ritual confesional y de la madre para armar su textualidad.



Pienso que Kincaid participa de la desfiguración retórica que supone la autobiografía puesto que donar la voz al ausente, que sin dudas es la madre, o hablar desde su ausencia y el dolor que acarrea, es el gesto central de estos dos textos. Las páginas relatan la construcción de un Yo que se piensa obsesivamente en relación con sus Otros, y sobre todo, con su Otro fundante.

"Sólo resta traducir a la lengua materna", cuarto capítulo, explora la importancia de la figura materna en la autobiografía *When I was Puertorrican* (1994) de la escritora neorriqueña, Esmeralda Santiago. De todos los textos que me ocupan en este libro el de Santiago es el único que mejor corresponde a la noción más tradicional de lo autobiográfico, sobre todo, en cuanto a la pretensión de la autora de representar "su niñez" en el relato. Es decir, el texto pretende adecuar un Yo textual a un Yo

extratextual. Sin embargo, puedo ver que la escritura del texto la estimula el deseo por mantener un vínculo con la habitación maternal, con el receptáculo originario del sujeto. Me ocupo en este ensayo de ver el gesto de escritura como una visitación a la habitación originaria, es decir, la madre, la casa, el Puerto Rico idealizado, la cultura puertorriqueña, la experiencia "jíbara". Visitación que se cristaliza aún más en el acto de traducción del inglés a la lengua materna que hace Santiago de su libro en 1995 con *Cuando era puertorriqueña*. La traducción es en mi lectura el acto simbólico de habitar el deshabitar, entendido como visitar el desamparo. Pienso que el gesto del relato es la traducción, porque Esmeralda: se propone como suerte de intérprete de la experiencia "jíbara" y de la experiencia neorriqueña, se quiere traductora de la palabra materna, y traduce literalmente su autobiografía del inglés, su lengua de escritura, al español, su lengua materna.

En "La sin madre: la imposibilidad de la autobiografía en la narrativa de Carmen Boullosa", último capítulo, hilvano dos constantes en la obra de la escritora mexicana: la primera persona y la orfandad de los sujetos narradores. Relaciono el tema de la orfandad en la narrativa de Carmen Boullosa con una cierta postura antiautobiográfica



que se asume en los textos. Analizo sus dos primeras novelas, *Mejor desaparece* (1987) y *Antes* (1989), para dar cuenta de cómo ejercen una explosión de la expectativa autobiográfica. Exploro cómo las novelas tuercen los elementos fundantes de la tradición: la coincidencia entre vida y escritura, la construcción cronológica y

teleológica del relato que construye un sujeto, el énfasis en la vida individual y en la

historia de la personalidad y la garantía que aporta la firma del autor al hacer coincidir la identidad del autor, narrador y personaje. Este último capítulo me brinda la posibilidad de cuestionar la autobiografía como género a través del pastiche y la mueca paródica que propone la escritora de los relatos.

Hay un problema que aún me obsesiona de mi trabajo. Este es la dificultad que supuso y todavía supone para mí trabajar con una figura que siempre se nos escapa, como es la madre. Si bien la he llamado mater y con ello he querido verla como un tropo retórico y literario, como una construcción discursiva, como una estructura de ciertos relatos autobiográficos, confieso que aún persiste en mí la dificultad. Me confieso ante ustedes: ¿cómo no dejarse seducir, aunque sea por un instante, por la madre fantasma de carne y hueso que antecede estos relatos, y mi texto como uno de ellos?